

EL «PERÍODO CONSTITUYENTE» COMO NORMATIVO PARA RECONOCER LA ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO

JOSEP MARÍA RIERA

En la monografía quizás más importante existente sobre el Espíritu Santo, debida a Congar¹, al comienzo del Libro Primero, hay una nota sobre el concepto «experiencia» referido al Espíritu: «si Dios continúa actuando en la historia y en las vidas situadas más acá de lo que podemos llamar período constituyente —¿no es eso lo que hace el Espíritu?— tendremos que aprender algo de lo que, después de ese período, ha surgido radicalmente de él. No debemos entender de manera simplista la idea de revelación “cerrada con la muerte del último apóstol”. Dios nos da a conocer algo después de ese final. La experiencia del Espíritu ha continuado. Hoy es tan intensa y activa como en cualquier otra época y la referencia a lo que nos enseña el período constituyente continúa siendo normativa. En esto consiste, precisamente, el juego entre la Escritura y la Tradición viva»².

A lo largo de la historia de la Iglesia, se ha hecho evidente la tendencia, desviada de la fe, de considerar la «experiencia» del Espíritu Santo como sucesiva y diversa a la experiencia de Jesucristo. Esta tendencia a hacer de la Iglesia una comunidad sólo carismática —llamada algunas veces «Iglesia del Espíritu», cuando la única Iglesia es la de Jesucristo—, repetidamente se ha manifestado en movimientos espiritualistas y pietistas. Desde el punto de vista del desarrollo doctrinal y teológico, el máximo exponente de esta desviación de la fe, que enseña una «tercera edad» del Espíritu Santo y del amor, como sucesiva de las edades del Padre y del Hijo, sugiriendo así un tri-teísmo, es Joaquín de Fiore (1145-1202), uno de los más conocidos e influyentes *mileneristas*.

1. Y.M.J. CONGAR, *El Espíritu Santo*, Barcelona 1991, 716 p.

2. *Ibidem*, p. 25. No podemos hablar de «experiencia» del Espíritu de forma vulgar y sensitiva, como si se tratara de una sensación o de algo captado por los sentidos.

Pero tampoco podemos desconocer que el Espíritu se manifiesta en la historia, como y cuando quiere³, dando pautas para interpretar los signos de su presencia y de su acción. Es la lógica de la Encarnación: una lógica sacramental, según la cual Dios «condesciende» y se nos manifiesta de manera comprensible en sus palabras y en su acción, aunque la profundidad del mensaje y los frutos de su acción, sigan rodeados por el misterio. Por el carácter inefable y la grandeza de toda acción propiamente divina *ad extra*, los signos externos —signos del misterio— son el cauce para reconocer y «experimentar» la presencia y la acción divinas. La revelación y acción de Dios en favor de los hombres y en la historia, no es un objeto abarcable por nuestra inteligencia; es una iniciativa divina, que tiene siempre el motivo del don. La inteligencia, el corazón y toda la vida humana se abren a esas luces, mediante el don primero de la fe, para alcanzar con ellas la plenitud de la nueva vida en Cristo, la salvación⁴.

Si las palabras de la Escritura son «norma», junto con ellas lo son los hechos. En realidad, hechos y palabras, en la revelación de Dios, configuran un todo normativo en orden a la salvación⁵. Estamos más acostumbrados a concebir como norma las palabras de la Escritura, y concretamente del Nuevo Testamento, como plenitud de la revelación de Dios en Jesucristo, pero quizás estamos menos avezados a tomar como norma en la revelación los hechos del Nuevo Testamento.

En cambio, sabemos que la totalidad del Antiguo Testamento, palabras y sucesos, es camino de revelación y pedagogía de Dios sobre Cristo⁶. Llamamos carácter tipológico de las escrituras al reconocimiento de los sucesos y personas del Antiguo Testamento como tipo de Cristo⁷. En el centro de este significado tipológico de la Escritura,

3. Jn 3,8: «El Espíritu sopla donde quiere». 1Cor 12,11: «Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, y las distribuye a cada uno en particular según su voluntad»; Heb 2,4: «testificando también Dios con señales y prodigios, con toda suerte de milagros y dones del Espíritu Santo repartidos según su voluntad».

4. 2 Cor 5, 17 «Por tanto, el que está en Cristo, es una nueva creación; pasó lo viejo, todo es nuevo».

5. «Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas» (CONCILIO VATICANO II, Const. Dog. *Dei Verbum*, 2).

6. Lc 23, 27: «Y, empezando por Moisés y continuando por todos los profetas, les explicó lo que había sobre él en todas las Escrituras». (Así lo hizo el Señor con los discípulos de Emaús, llenando de ardor su corazón). Cfr. también, Jn 5,46 «Porque, si creyerais a Moisés, me creeríais a mí, porque él escribió de mí».

7. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, hace un resumen notorio de la tipología en los nn. 128 al 130. «La tipología —se dice en el n. 130— significa un dinamismo que se orienta al cumplimiento del plan divino cuando “Dios sea todo en todos” (1 Cor 15,28)». ¿Podríamos decir, quizás, que el carácter tipológico es propio de la acción del Espíritu en su «misión»?

están el Éxodo y la Pascua del pueblo de Israel, como tipo de la salvación obrada por Cristo, en la pascua de su muerte y resurrección. Por esto llamamos a Cristo, «nuestra Pascua»⁸.

Si bien este sentido tipológico se aplica con grandes frutos para la interpretación de la Escritura y de la Revelación en general, menos, sin duda, se ha tratado del carácter normativo de los hechos acaecidos en el «período constituyente», como norma de referencia para reconocer y experimentar la acción del Espíritu Santo desde Pentecostés, o sea, desde que se inició la plenitud de su misión, con la venida en Pentecostés, hasta el fin de los tiempos⁹.

«Es preciso reconocer *“el rico fundamento bíblico de la verdad pneumatológica”*. Sin embargo, es preciso al mismo tiempo señalar el diferente matiz que, en la Revelación divina, tiene esta verdad en relación con la verdad cristológica. En efecto, de los textos sagrados se deduce que el Hijo eterno, consustancial con el Padre, es la plenitud de la revelación de Dios en la historia de la humanidad. Al hacerse “hijo del hombre”, “nacido de mujer” (cfr. Gál 4,4), Él se manifestó y actuó como verdadero hombre. Como tal también reveló *definitivamente* al Espíritu Santo, anunciando su venida y dando a conocer su relación con el Padre y con el Hijo en la misión salvífica, y por consiguiente en el misterio de la Trinidad. Según el anuncio y la promesa de Jesús, con la venida del Paráclito comienza la Iglesia, Cuerpo de Cristo (cfr. 1 Cor 12,27) y sacramento de su presencia “con nosotros hasta el fin del mundo” (cfr. Mt 28,20).

Sin embargo, el Espíritu Santo, consustancial con el Padre y con el Hijo, permanece como el “Dios escondido”. Aun obrando en la Iglesia y en el mundo, no se manifiesta visiblemente, a diferencia del Hijo, que asumió la naturaleza humana y se hizo semejante a nosotros, de forma que los discípulos, en su vida mortal, pudieran verlo y “tocarlo con la mano”, a Él, la Palabra de vida (cfr. 1 Jn 1,1).

Por el contrario *el conocimiento del Espíritu Santo, fundado en la fe en la revelación de Cristo, no tiene para su consuelo la visión de una Persona divina viviente en medio de nosotros de forma humana, sino sólo la constatación de los efectos de su presencia y de su actuación en nosotros y en el mundo*¹⁰ (subrayado nuestro).

Por tanto, la «experiencia» del Espíritu Santo es sólo de su presencia y acción, y mediante los ojos de la fe, ya que todo aquello que se

8. *Misal Romano, Prefacios del tiempo pascual*. Cfr. Éxodo 12,10ss.

9. *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 83: «La Tradición de que hablamos aquí es la que viene de los apóstoles y transmite lo que estos recibieron de las enseñanzas y del ejemplo de Jesús y *lo que aprendieron por el Espíritu Santo*. En efecto, la primera generación de cristianos no tenía aún un Nuevo Testamento escrito, y el Nuevo Testamento mismo atestigua el proceso de la Tradición viva» (subrayado nuestro)

10. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 5.VII.1989, n. 1.

obra por su virtud es obra y revelación de Jesucristo. El Espíritu del Señor no tiene otra «misión» que hacer presente a Cristo¹¹. San Juan de la Cruz enseña que, después de Cristo, Dios se ha quedado «como mudo», porque no tiene nada más que decirnos, ya que todo nos lo ha dicho con Cristo. La presencia y la acción del Espíritu Santo, por tanto, no es para enseñarnos algo más que Cristo, sino precisamente para que sepamos «mirar a Cristo» y poner nuestros ojos —los ojos de la fe— sólo en Él, ya que con Él nos lo tiene dicho todo¹². Por eso, no hay que esperar una nueva revelación antes de la venida de Jesucristo en su gloria, al fin de los tiempos¹³.

Esta presencia y acción del Espíritu, que hace presente y actuante a Cristo, hasta el fin de los tiempos (cfr. Mt 28,20), como único Mediador (cfr. 1 Tim 2, 5; Hech 4,12) entre Dios y los hombres (hasta el punto que puede decirse que los hombres nunca han tocado a Dios sino en Jesucristo¹⁴), se despliega desde Pentecostés, de una forma especialmente perceptible y clamorosa a los ojos de la fe, durante el periodo constituyente o de testimonio apostólico. Esto hará que su acción sea reconocible, y descrita ampliamente en el Libro de los Hechos.

Sabemos que en el período constituyente se recibe, por la acción del Espíritu Santo —«enseñando todas las cosas, y recordando todo lo que Jesucristo enseñó»¹⁵— el «depósito de la fe» (*depositum fidei*), ya completo y para siempre¹⁶. Este depósito, no se puede entender mera-

11. Jn 16,13-15: «Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros».

12. «Lo que antiguamente habló Dios en los profetas a nuestros padres de muchos modos y de muchas maneras, ahora a la postre, en estos días nos lo ha hablado en el Hijo todo de una vez. En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado ya como mudo y no tiene más que hablar, porque lo que hablaba antes en partes a los profetas ya lo ha hablado en el todo, dándonos el Todo, que es su Hijo. Por lo cual, el que ahora quisiese preguntar a Dios, o querer alguna visión o revelación, no sólo haría una necedad, sino haría agravio a Dios, no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera diciendo: "Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi Palabra, que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué te puedo yo ahora responder o revelar que no sea más que eso? Pon los ojos sólo en él, porque en él te lo tengo todo dicho y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas..."» (S. JUAN DE LA CRUZ, *Subida al monte Carmelo*, 2, 22, 5).

13. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 4 *in fine*.

14. «¿Existe Dios?... Su pregunta se refiere... a la distinción... entre el Absoluto, es decir, el Dios de los filósofos..., y el Dios de Jesucristo y, antes, el Dios de los patriarcas... Solamente este segundo es el Dios vivo. El primero es fruto del pensamiento humano...» (...) «La Iglesia cree que *la clave, el centro y el fin del hombre y de toda la historia humana se encuentra en su Señor y Maestro*» (GS,10) (JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, pp. 50s).

15. Cfr. Jn 14, 26.

16. «Así, pues, la predicación apostólica, que está expuesta de un modo especial en los libros inspirados, debía conservarse hasta el fin de los tiempos por una sucesión continua. De ahí que los Apóstoles, comunicando lo que ellos mismos han recibido, amonestan a los fie-

mente como un compendio de enseñanzas, centrado en los contenidos de la Escritura y la Tradición oral, sino que abarca también «todo lo necesario para una vida santa y para una fe creciente del Pueblo de Dios»¹⁷. Por tanto, las manifestaciones del Espíritu en orden a la «redención subjetiva» de cada persona y de todos los hombres¹⁸, que son especialmente clamorosas en el período constituyente del *depositum fidei*, constituyen una «norma» para apreciar su acción, más escondida pero igualmente eficaz y en el mismo sentido, en todo el tiempo de la Iglesia, y en el anhelo de alcanzar la venida definitiva de Cristo: «Maran atha! ¡Ven, Señor, Jesús!»¹⁹.

Como decía Congar en el texto inicial, «en esto consiste, precisamente, el juego entre la Escritura y la Tradición viva». En que el depósito de la fe recibido, sin variación ni cambio alguno, se despliega para una más completa y profunda comprensión, y con su transmisión, el Espíritu Santo actúa como Señor en el dinamismo que da la nueva vida. Este proceder en la misión del Espíritu, nos hace observar con gran interés las narraciones contenidas en el Libro de los Hechos, que con tanta frecuencia ha sido llamado el «evangelio del Espíritu Santo»²⁰. Supone una comprensión del carácter normativo que tienen los Hechos para la posteridad²¹.

les que conserven las tradiciones que han aprendido o de palabra o por escrito, y que sigan combatiendo por la fe que se les ha dado una vez para siempre» (CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 8).

17. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, n. 8. Y acaba diciendo ese texto: «...así la Iglesia con su enseñanza, su vida, su culto, conserva y transmite a todas las edades lo que es y lo que cree».

18. CONCILIO VATICANO II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 22: «Esto vale no solamente para los cristianos, sino también para todos los hombres de buena voluntad, en cuyo corazón obra la gracia de modo invisible. Cristo murió por todos, y la vocación suprema del hombre en realidad es una sola, es decir, la divina. En consecuencia, *debemos creer que el Espíritu Santo ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de sólo Dios conocida, se asocien a este misterio pascual*» (subrayado nuestro). Esta doctrina se corresponde con el deseo de Cristo —eficaz sin duda— de un carácter universal de la redención: cfr. 1 Tim 2,4-6.

19. Cfr. 1 Cor 16,22 y Ap 22,20.

20. Hech 1,5: «Seréis bautizados en el Espíritu Santo». «Apenas hay una página de los *Hechos de los Apóstoles* en que no se nos hable de Él y de la acción por la que guía, dirige y anima la vida y las obras de la primera comunidad cristiana: Él es quien inspira la predicación de San Pedro (cfr. *Act* 4,8), quien confirma en su fe a los discípulos (cfr. *Act* 4,31), quien sella con su presencia la llamada dirigida a los gentiles (cfr. *Act* 10,44-47), quien envía a Saulo y a Bernabé hacia tierras lejanas para abrir nuevos caminos a las enseñanzas de Jesús (cfr. *Act* 13,2-4). En una palabra, su presencia y su actuación lo dominan todo» (Beato JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 127).

21. «...con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino; a saber, que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna. La economía cristiana, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará, y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. 1 Tim, 6,14; Tit, 2,13)» (CONCILIO VATICANO II, Const. Dogm. *Dei Verbum*, 4).

También podemos mirar con esta misma visión normativa otros escritos del Nuevo Testamento, pero es indudable que los Hechos constituye el núcleo fundamental del cual captar la norma para la experiencia posterior del Espíritu. Los demás textos, especialmente los paulinos, incluyen una verdadera teología de las repercusiones íntimas de la acción del Espíritu en las personas. San Lucas, en cambio, narra sencillamente la actuación «externa» del Paráclito en orden a la difusión del Evangelio y para la conversión a Cristo, en la expansión de la Iglesia apostólica²². No hay que olvidar, no obstante, que muchas de las cartas de San Pablo tienen una gran riqueza sobre la acción del Espíritu Santo, y de manera especial, como es notorio, la Primera Carta a los Corintios, al referirse a los carismas.

Con estas apreciaciones, no queremos quitar importancia al gran valor histórico-doctrinal de los Hechos, como narración de la primera expansión de la fe apostólica a todas las gentes. Pero intentamos dar una mayor relevancia a su cualidad de «Evangelio del Espíritu Santo», como manifestación en cierta manera «normativa» para la «experiencia» del Paráclito en la Pentecostés permanente de la Iglesia en toda su historia. ¿En qué calibrar esta normatividad de las manifestaciones carismáticas del Espíritu Santo en los tiempos apostólicos?

A. Sin duda, ante todo, en la *finalidad* de la venida del Espíritu Santo²³, que Jesús manifiesta en las promesas²⁴, recogidas en Juan:

14, 16-17: y yo pediré al Padre y os dará otro Paráclito, para que *esté con vosotros para siempre*, el Espíritu de la verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce. Pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros. 14, 26: Pero el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, os lo enseñará todo y os recordará todo lo que yo os he dicho. 15, 26-27: Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí. Pero también vosotros daréis testimonio, porque estáis conmigo desde el principio. 16, 7-11: Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, no vendrá a vosotros el Paráclito; pero si me voy, os lo enviaré: y cuando Él venga, convencerá al mundo en lo referente al pecado, en lo referente a la justi-

22. «Es correcto afirmar que Lucas —a diferencia de Pablo— no tiene una teología de los efectos y frutos del Espíritu Santo en la vida del cristiano. Se limita a mostrar el dinamismo de la fe, el crecimiento de la Iglesia. Incluso cuando afirma que Cristo da el Espíritu (2,33), se refiere a la línea de la misión y de la profecía (2, 17ss.), no a la línea de la vida nueva» (Y. CONGAR, *op. cit.*, p. 74).

23. Cfr. Act 1,8: «Él les contestó: “recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”. (El Espíritu Santo) es el protagonista de toda la misión de la Iglesia» (JUAN PABLO II, Enc. *Redemptoris missio*, 1990, n. 21).

24. En Lc 24,49, Jesús llama al Espíritu Santo «la Promesa de mi Padre».

cia y en lo referente al juicio; en lo referente al pecado, porque no creen en mí; en lo referente a la justicia porque me voy al Padre, y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el Príncipe de este mundo está juzgado. 16,13: Cuando venga Él, el Espíritu de la verdad, os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. 16,14s: Él me dará gloria, porque recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. 17,26: (Padre...) Yo les he dado a conocer tu Nombre y se lo seguiré dando a conocer, para que el amor con que tú me has amado esté en ellos y yo en ellos.

B. Estas promesas de Jesús, podemos concretarlas en las siguientes *actitudes y acciones propias de la venida del Espíritu*: 1. *Permanecerá*: Presencia y asistencia de Cristo, por el Espíritu Santo, en toda la misión apostólica de la Iglesia; 2. *Recordará*: Será la «memoria» de la Iglesia sobre el Misterio de Cristo; 3. *Testimoniará*: Será el promotor del testimonio de Cristo; 4. *Amonestará*: Actuará el Espíritu en orden a las disposiciones para la conversión a Cristo: arrepentimiento, reconocimiento de que Jesús es el Señor y confianza en el poder de la gracia; 5. *Iluminará*: Esclarecerá de forma progresiva sobre el Misterio Cristo, hasta la revelación plena en la Parusía, bajo el impulso del deseo de la venida de Cristo: ¡Ven, Señor Jesús!; 6. *Santificará*: Glorificará a Cristo, por la obra de la santificación de sus miembros: eficacia de la gracia en la vida de los hombres, con la predicación del Evangelio y con la administración de los Sacramentos. 7. *Amará*: Derramará el Amor del Padre, que es el de Cristo; por esto el Espíritu será el Espíritu de Cristo hecho don.

C. Así, según lo prometió Cristo, vemos que esta «venida» del Espíritu, se realizó con clamor externo notable, al derramarse el «poder de lo alto» en Pentecostés, según cuentan los Hechos de los Apóstoles: 1. *Presencia y asistencia*: la totalidad de los Hechos de los Apóstoles, nos hablan, desde Pentecostés, de una fuerza de lo alto que permanece, y que tiene por fin la misión apostólica; 2. «*Memoria*» de la Iglesia: es de notar la extremada fidelidad que la predicación apostólica tiene al anuncio del Misterio de Cristo (Tradición viva), incluso adaptándose a los receptores del mensaje; las adaptaciones nunca lo desvirtúan²⁵. 3. *Testimonio de Cristo*: el anuncio del Evangelio siempre se centra en este testimonio, y en la predicación apostólica la fuerza de lo alto lleva

25. Son múltiples los estudios hechos sobre estas piezas maestras de valor notable —verdaderos resúmenes—, que Lucas incorpora a su relato: los discursos de Pedro, Pablo, Esteban, etc. Todos transmiten el *kerigma* con fidelidad y, sin embargo, son muy distintos (así, el discurso de Pablo en Atenas, ejemplo de la «inculturación» de la fe).

a los ministros incluso al martirio (notorio es el caso del discurso del protomártir, San Esteban); 4. *Fuente de la gracia para la «metanoia»* en toda la expansión apostólica, la actuación del Espíritu, algunas veces con manifestaciones externas, precede siempre a la conversión y al bautismo (entre tantos ejemplos, el caso de Cornelio y su familia, el del eunuco etíope, o el de Lidia en Filipo de Macedonia, etc.); 5. *Iluminación para una revelación más plena*: los Hechos se centran en el Concilio de Jerusalén, que confirma el carácter universal de la misión apostólica; tiene como preparación la iluminación de Pedro previa al bautismo de Cornelio, y la de Pablo, sobre su misión entre los gentiles; 6. *Glorificación de Cristo-santificación*: identificarse con Cristo es el ideal de la «nueva vida» que hace santos; es tal el cambio, que los fieles se pasarán a llamar «cristianos» en Antioquía y «santos» en los saludos de las cartas que conservamos de la predicación apostólica. Los Hechos nos conservan un testimonio del cambio, en el caso de los primeros que reciben la fe y el bautismo: «la muchedumbre de creyentes tenía un solo corazón y una sola alma, y no tenían nada como propio, sino todo en común. Los apóstoles atestiguaban con gran poder la resurrección del Señor Jesús...» (4,32s.); 7. *Se derrama el amor de Dios*: esta es la impresión que da la actuación del Espíritu Santo derramándose en los corazones con el don de la fe en Cristo: se derrama dando el Amor de Cristo, para que sea posible el «mandatum novum»: «que os améis como Yo os he amado».

D. También hoy, y para siempre, el Espíritu Santo está presente y permanece en la misión apostólica, con eficacia y poder, pero con sigilo y con parecidas pautas de presencia y actuación que entonces: es «memoria» de la Iglesia, que vive de su Tradición viva; mueve al testimonio apostólico de Cristo, incluso con el martirio; es fuente de conversión profunda y duradera, y de generosa entrega; ilumina el magisterio y a cada fiel en la comprensión-posesión-transmisión de la verdad de Cristo; y lleva la obra de la santificación adelante, glorificando a Cristo en el mundo, como pone en boca del Señor el apóstol Juan, en el capítulo 12, 27-32: «Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto! Padre, glorifica tu Nombre». Vino entonces una voz del cielo: «Le he glorificado y de nuevo le glorificaré» (...) Jesús respondió:... «Ahora es el juicio de este mundo; ahora el Príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo cuando sea levando de la tierra, atraeré a todos hacia mí».